

Regeneracion

EDITOR: Enrique Flores Magón.
OFICINAS: 2325 Ivanhoe Ave.
Dirección Postal: P. O. Box 1236.
LOS ANGELES, CALIFORNIA.

Telefono: Home 556003.

PRECIOS DE SUBSCRIPCION.
Un año, \$1.00.—Seis meses, 50cs.—
Número suelto, 5cs.
paqueteros, 2½c ejemplar.

go, pues, permítame, ilustre al
meja, que te diga que, por pa-
triale que sea el proletario, nada
vale. Puede hasta romperse los
cuerpos por la bandera y por la
patria, y seguir siendo tan des-
graciado como siempre. La pa-
tria no hace valer a nadie, mas
que a los ricos, a los políticos, a
todos los que están sobre el pue-
blo. El pobre dice, en su igno-
rancia, que tiene patria; pero no
se ve que saque ventaja de tener-
la, pues siempre se le ve ultraja-
do humillado, explotado y ofen-
dido, sin valor ninguno moral,
económico, político, social. El
pobre, entendiéndolo bien, so bruto,
es el mulo de carga en todas las
patrias.

Don Cernicalo casi no resuella.
¡Es mucho para un animal haber
escrito tanto! Sin embargo, ha
acopiado de fuerzas; toma la plu-
ma; la moja, y ya pone la prime-
ra letra, cuando ¡tras! ¡Tras!
¡Tras! Es una anciana proletaria que
ropea enérgicamente el mostrador con
un par de zapatos viejos.
—¡Eh! ¿Que desea?—grita de León
sobresaltado.
—“Pos,” que me “merque” estos
“calceas,” dice la mujer.
—¿Cuanto por ellos? pregunta de
León haciendo el gesto consabido: tor-
cedura de nariz para poder ahorruc al
marchante.

—“Pos,” ya los está mirando, dice
la vieja, —son finos, de a cinco florros
el par, y apenas tienen una “luyidita”
en el “controrte.”
Los zapatos son excelentes, en ver-
dad, pero no logran poner en su lugar
la nariz de Don Francisco, quien, afec-
tando no interesarse por la mercancía,
dice:
—Aquí están estos diez centavos y
vengan acá los zapatos, ¡no quiera pedir
los ojos de la cara por cosas que no sir-
ven!

La vieja se indigna y da con los za-
patos tal golpe en la cara de Don Fran-
cisco, que lo hace ver estrellas. Cuan-
do volvió en sí ya se había marchado la
vieja. Clava los codos en el mostrador,
se toma la cabeza con ambas manos y
piensa convencido: si no fuera por el
gobierno que nos ayuda, ¿qué sería de
nosotros en manos de la canalla?
Furioso, se embarra saliva en la jeta
hinchada, envía mentalmente un saludo
a la autora de los días de la digna pro-
letaria, toma la pluma con mano con-
vulsiva, como si fuera a degollar a al-
guien, y escribe: “Ya comprenderán
mis lectores las ideas de los señores
anarquistas serán avanzadas, pues no
ven estos infelices más arriba de la
nariz.”
¡La nariz! Se conoce que todavía le
duele el soplamocos que le propinara la
vieja, y que lo ha dejado más idiota que
de costumbre, porque ¡hombre! ¿a quién
se le ocurre negar que son avanzadas
las ideas anarquistas? ¿No son la últi-
ma conquista de la filosofía? ¡Vámonos,
animal, no te repita yo otro gazmatón!

Aspira con fruición, con deleite, el
fuerte olor a queso añejo que domina
en la tienda; saca de un bolsillo del saco
grasiento un pedazo de pan frío; lo des-
embaraza de algunas partículas de ta-
baco, de borra y de dos o tres cabezas
de fósforos que se habían adherido a él;
lo sopla el polvo con la boca, y, abrien-
do las mandíbulas como si se fuera a
tragarse a un anarquista, arremete contra
el pan con apetito de náufrago. Como
es muy tacano, se ahorra de comprar
un pedazo de queso para comerlo
con el pan: el olor de la tienda suple
al queso. Toma otra vez la pluma,
y entre bocado y bocado, escribe es-
tos disparates: “El anarquismo no
ha tomado incremento entre la clase
sensata, entre el pueblo honrado, por-
que no contiene en todas sus ideas un

ápice que trate de beneficiar al estado,
mas por el contrario trata de inclinarlo
por el sendero del mal;.....”

Se chancera Don Ostión, pues
en tom incremento el anarquis-
mo entre el pueblo honrado, el
que trabaja, el que produce para
que él atesore dinero, que las au-
toridades del Estado de Texas
han impedido que se predique la
Anarquía en los lugares públicos.
Si Tuera despreciado por el pueblo
el ideal anarquista, no habría su-
primido el gobierno la publicación
de “Lucha de Clases,” y en cuan-
to a que no trate de beneficiar al
caído, entonces ¿a quién quiere
dignificar el anarquismo, sino a
los caídos? La Anarquía quiere
la igualdad, y ¿quiénes se benefi-
cian con la igualdad, si no son los
caídos? Lo de inclinar al caído
por el sendero del mal, es dicho
por Don Molusco porque para él
es un mal verse obligado a em-
punar el azadón en medio de una

sociedad de iguales. ¡Ya está a-
costumbrado a desvalijar al proji-
mo!

Entra precipitadamente un
cliente. Se conoce que se vistió
de fugas, porque trae desabrocha-
da la bragueta del pantalón.

—¡Andele, Don León, pronto,
Medias suelas a mis zapatos,
¿cuánto me lleva por echarlas?

Y diciendo y obrando, se des-
calza..... ¡Ni las moscas aguan-
tan el perfume, porque atropella-
damente se lanzan a la calle, gol-
peando con sus cuerpecillos los
rostros de los transeúntes que pa-
san a lo largo de la puerta de la
tienda en este momento crítico.
Don Ostión saborea el último bo-
cado de pan duro, imaginándose
que lo come con queso “gruyé.”
Se ajusta el precio: seis reales, y
los zapatos pasan inmediatamente
a las manos del operario que tra-

baja en el rincón. Concluido el
trabajo, Don Molusco recibe los
consabidos seis reales, de los cua-
les pasa honradamente quince
centavos al obrero que echó las
medias suelas. ¡Es natural que
Don Molusco odie al Anarquismo,
bajo el cual no se pueden cometer
sinvergüenzadas de esa clase! Y
temeroso de que el Anarquismo
esté próximo a triunfar, se pone
a escribir precipitadamente pes-
tes contra los abnegados compa-
ñeros de San Antonio, que han
tenido el valor de exponer el I-
deal Anarquista en la ciudad más
reaccionaria del Sur de los Esta-
dos Unidos.

Basta ya de tanto ostión, que
el animal es indigesto. Dejémos-
le regateando zapatos viejos,
mientras se llega el momento de
colgarlo de un poste telegráfico.

RICARDO FLORES MAGÓN

El Despertar de un Cerebro

—¿Que te pasa, Nicanor?—dice
Petra a Armada al ver entrar a su
marido pálido, con los brazos caí-
dos, arrastrando apenas los pies,
encorvadas las espaldas, el sara-
pe deslizándose de sus hombros.

Nicanor no responde; pero sus
ojos hermosos fulguraban como dos
branzas en la penumbra del cuarto.
Petra, discreta, guarda silencio;
mas el temblor de sus labios denun-
cian una gran inquietud.

¿Qué podrá ser?—se pregunta la
linda muchacha, y sus pestañas
se entornan como un fleco de seda
que quisiera ocultar dos estrellas.

Un silencio angustioso reina en
el cuarto, al que anado amargura
ese sonido peculiar que produce
un líquido, como queja, como la-
mento, cuando está próximo a en-
trar en ebullición. El sonido
proviene de una olla de barro en
que se cuecen los frijoles.

Nicanor había estado con el a-
mo aquella tarde, para ver si al
fin lograba que le pagase lo que
le correspondía por un mes que
había prestado sus servicios en la
hacienda. El amo estaba horra-
cho, y le había dicho lo de siem-
pre: dile a tu mujer que ella ven-
ga a cobrarle por tí. El mal
humor de Nicanor es visible. A
la luz de los tizones contempla a
su Petra con amargura: ¡qué gran
desgracia es para el pobre tener
una mujer bonita!—piensa. No
le queda otro recurso que huir de
la hacienda, como si hubiera com-
metido un delito, como si tuviera
que esconderse de los hombres
para que no lo senalen con el de-
do por sus malas acciones. Y al
pensar en todo esto, siente que
algo se sacude en el fondo de su
ser, e instintivamente palpa por
encima de los calzones blancos la
aguda hoja de su punal. Tiene
que huir de la hacienda, él lo sabe
muy bien, si no quiere tener la
misma suerte que Abundio, a
quien fusiló la Acordada por un
caso parecido al suyo, o la de Tor-
cato que, por lo mismo, se en-
cuentra en el 5º batallón de in-
fantería, o bien la de Toribio que
se pudre en la prisión por un caso
igual, y la de tantos otros nobles
trabajadores que no supieron otra
cosa mientras tuvieron vida o
permanecieron “libres,” que re-
gar todos los días con su sudor el
surco.

—Petra: ¡huyamos!—dice al
fin, con una entonación de voz
más parecida a la de un culpable
que a la de un inocente.
Petra se estremece. ¡Tal vez
acaba de cometer un delito!—pien-
sa. Pero discreta por excelencia,

se abstiene de hacer la pregunta
más ligera. Nicanor aconsejaba
huir, pues, Nicanor debía tener
sus razones, porque no había en
veinte leguas a la redonda, mozo
tan inteligente y tan concienzudo
como Nicanor.

Diez minutos después, dos figu-
ras humanas, una de hombre, de
mujer la otra, se pierden en las
tinieblas, en marcha hacia lo des-
conocido. No hubo menester de
grandes preparativos de viaje:
un petate y una cobija. ¡Este es
el equipaje de los productores de
la riqueza social!

Amanece. Tlalnepantla está a
la vista con su caserío monótono.
Nuestros viajeros han caminado
toda la noche, el oído atento para
notar si les persiguen. La auro-
ra besa las nubes y las casas y los
árboles y las montañas, y con ca-
da beso deja una rosa. Los pa-
jarillos suspenden su gorjeo ma-
tutino, para atisbar desde las ra-
mas de los sauces del camino a la
pareja que pasa. ¡Es tan linda
la pareja! ¡Qué dicha el verse
libres de esa cárcel grande que se
llama hacienda! Y si los pajari-
llos emudecen para dar rienda a
su curiosidad, nuestros amigos
entonan ese himno robusto a la
Naturaleza, rimado con suspiros,
con besos, con latidos de corazones
hinchados de pasión. ¡Qué
amable se ofrece la Vida a nues-
tros dos jóvenes proletarios!

Una voz aguardentosa que re-
suenra detrás de ellos desbarata
su idilio, como una mano brutal
que despoja de sus pétalos a una
flor. ¡Es un gerdarme!
—¡Deténganse, pelados! ¿De
dónde vienen? ¿A dónde van?
¿Quiénes son ustedes? ¿Quién
los conoce?

Ninguna respuesta satisface al
guardián del “orden,” al protec-
tor de los intereses de la sociedad
burguesa. Nuestros amigos son
internados en la cárcel acusados
de vagancia, y condenados, él, a
los trabajos de terraplén del ca-
mino que conduce a la ciudad de
México; ella, a moler maíz en las
“arrecogidas.”

Diez meses después encontra-
mos a nuestros amigos en la ciu-
dad de México. Es el 21 de No-
viembre de 1910. Por la ciudad
circulan los rumores más estu-
pendos. La Revolución había es-
tallado el día anterior y se refie-
ren actos asombrosos llevados a

cabos por los rebeldes. La gente-
cilla oficial muestra caras alar-
gadas, presintiendo el quebranta-
miento de su poder y de su influ-
encia. Los hombres del pueblo
disimulan sus sentimientos, muy
contrarios, por lo demás, de los
que animan a la genticilla buro-
crática,—por temor de la Ley
Fuga o del cuartel.

—Petra, dice Nicanor con mó-
vido, como que la resolución es so-
lemne,—yo me marcho a la revo-
lución,—y volviendo el rostro pa-
ra el lado opuesto, se enjuga dos
lágrimas que le quemán las me-
jillas.

Y no es que Nicanor sea co-
barde, que muestras ha dado más
de una vez de una hombría reco-
nocida en todas partes; pero irse
a la Revolución es separarse de
su Petra, de su amor, y cuando
su espíritu atormentado se aho-
gué en las tinieblas de la angus-
tia, ya no tendrá aquellos dos so-
les que lo empapan de luz, los
ojos de Petra, ni cuando su co-
razón oprimido reclame un alivio,
recibirá el consuelo de una son-
risa, bella como la luz de la au-
rorra, blanda como la seda de un
pétalo de flor.

Nicanor ha luchado como bra-
vo, no desmintiendo su fama de
mozo valiente y audaz.

El peleó, como tantos otros, en
la creencia de que hay hombres
buenos, abnegados, que una vez
en la Presidencia de la Repúbli-
ca, pueden hacer la felicidad del
pueblo. Pero Madero en el po-
der es un tirano, como cualquier
otro gobernante. Subsiste el
mismo mal que hizo que Nicanor
se lanzara a la Revolución: la mi-
seria y la tiranía.

Nicanor está sombrío. En su
cerebro tiene lugar un desquicia-
miento, un cataclismo. El creía
en la democracia. Creía que con
la boleta electoral se podía obte-
ner un gobierno que diera Tierra
y Libertad. El chasco ha sido
superior, y la ilusión se desvan-
ece como el oro de las alas de
una mariposa. Nicanor medita,
y en su sencillez comprende que
ha cometido un error. ¿Pero en
qué ha estado el mal? Esto es
lo que le atormenta. El creía
que por medio de un decreto, la
tierra quedaría en poder del pue-
blo, y hasta dió más de un moji-
cón a los que le decían que la tie-
rra y toda la riqueza social debía
ser tomada por la fuerza. ¡Cuár-

to se avergüenza ahora de su im-
pulsivismo!

¡Ahí esta el mal,—dice a Petra
conmovido,—en haber creído que
otro puede dar lo que debemos to-
mar con nuestras propias manos!
Hemos aquí tan pobres y tan des-
amparados como antes, expuestos
a toda clase de atropellos de par-
te de los fuertes, pues me he lle-
gado a convencer de que la Auto-
ridad no hace justicia al debil.

Estas reflexiones hace Nicanor
sentado al lado de Petra en una
banca del Zocalo, frente al Pala-
cio Nacional. Los chamacos pa-
peleros pasan y rebasan ofrecien-
do la prensa burguesa; un hom-
bre, en otra banca, esta entregado
a una lucha formal con los pio-
jos; el sol hace hervir la san-
gre en las arterias. Un gendarme
se acerca; Nicanor presiente un
atropello.

—¡Ven acá, pelado sinvergüen-
za, te voy a dar un trabajito!—le
dice el tecolote.

Momentos despues, se ve a Ni-
canor atravezando las calles de la
ciudad con un borracho a cuestas,
camino de la Demarcación de
Policia. Excusado es decir que
nada se le paga por ese trabajo,
pues el pobre esta condenado a
prestar gratuitamente sus servi-
cios a la senora Autoridad.

Pasan los años. La ciudad se
encuentra bajo el dominio carran-
cista. En los Estados del Sur
operan las fuerzas expropiadoras
de Zapata y de Salgado; en el
Nordeste del territorio mexicano
y a lo largo de la costa occidental,
operan las columnas villistas.
Carranza no ha podido exterminar
esos movimientos, y en todo
el país germina la semilla anar-
quista sembrada por el Partido
Liberal Mexicano. Con el car-
rancismo, todo se ha ganado,
menos el Derecho de Vivir, y en
el territorio controlado por sus
fuerzas, masas hambrientas y des-
nudas hablan muy alto en contra
de un movimiento que, por radica-
l que sea, tenga como base el
derecho de propiedad privada y el
principio de Autoridad.

Nicanor quiere trabajar, esta
dispuesto a trabajar para lograr
su subsistencia y la de su linda
compañera; pero no hay trabajo.
Las maquinas y todas las indus-
trias siguen siendo la propiedad
de la burguesía. Petra esta en
ferma y no puede levantarse del
petate. Nicanor, a su lado, en
cucullas, medita tristemente.
Petra se agota por momentos.
De vez en cuando abre los parpa-
dos, y parece entonces que la
obscura covacha se inunda de luz:
son los últimos fulgores de dos
estrellas que se apagan..... Ni-
canor siente que una mano de
hierro le oprime el corazón, y a
pesar de los esfuerzos que hace
para contener el llanto, las lagri-
mas se deslizan a lo largo de sus
mejillas. Petra lo advierte y
sonriendo con sus labios palidos,
como dos vipletas moribundas,
dice con dulzura:

—No te aflijas, bien mio, que
pronto sere libre. La muerte: es-
ta es la libertad de los pobres,
porque nadie nos manda, ni a na-
die tenemos que obedecer.
Nicanor la acaricia dulcemente.
No hay en el cuarto ni un pedazo
de tortilla ni un grano de frijol.

—¡Tan, tan, tan!—llaman a la
puerta.
Nicanor y Petra se miran con
sobresalto. ¿Quién podrá ser?
Y sus corazones se oprimen an-
gustiadamente presintiendo una des-
gracia. Es el escribano publico
que, custodiado por varios gen-

darnes, trae la orden del juez
que manda poner en la calle a
nuestros infortunados amigos,
por no haber pagado la renta de
la covacha durante tres meses.
No valen razones. ¿Que la mu-
jer esta moribunda? ¡Tanto peor
para ella!—dice el escribano,—
y ordena a los esbirros que en
peso la pongan en la calle. El
orden es obedecida con ese placer
malasno de los malos corazones
que sienten alegría ante el dolor
humano. Entre dos toman el pe-
tate y la mujer, y como si se tra-
tase de un fardo, tiran la carga
a media calle. Nicanor se arroja
sobre su adorada Petra gritando:
—¡Petra! ¡Petra! ¡Petra!

Todo llamado es en vano: Pe-
tra ha muerto, Petra ya es
libre.....

Nicanor esta sentado en una
banca del Zocalo, con su sarape
en el hombro y sus penas en el
pecho. ¿Que forma del recuerdo
del ser amado es mas exquisita
que el suspiro.....? ¡Po-
bre de su Petra, ¡muerta como
un perro! Y en lo mas hondo de su
ser se agita algo que le hace acar-
iciar el agudo punal por encima
del calzon blanco. ¿Que valem-
mos los pobres bajo cualquier
gobierno?—se pregunta con a-
margura, y su cerebro se entrega
a las mas profundas reflexio-
nes. Todo gobierno es malo,
—piensa,— porque por su propia
naturaleza no puede ser bueno,
sino para aquellos que tienen in-
tereses que perder, y para ellos
son todos los cuidados, todas las
atenciones del gobierno, por lo
que me he convencido de que el
gobierno es simplemente el guar-
dian de los ricos, el que cuida
que no caigan de las manos de los
burgueses las riquezas que los
pobres producimos; ¡muera todo
gobierno!

El cerebro de Nicanor ha des-
pertado.

RICARDO FLORES MAGÓN.

¡BAILE! ¡BAILE!

El sábado 27 de este mes
tendra lugar un baile en el
Italian Hall, esquina de las
calles North Main y Macy,
organizado por las compañe-
ras del Grupo “Luz y Vida”,
de esta ciudad. Una orquesta
de las mas acreditadas, ejecu-
tara las piezas. Precio de en-
trada para los hombres: veinti-
cinco centavos; gratis para las
mujeres.

El baile comenzara a las o-
cho de la noche y se prolonga-
ra hasta las doce. Habra
sandwiches, refrescos, enchila-
das, tamales y otras buenas
cosas que comer.

Lo que produzca este baile,
sera para el sostenimiento del
periodico REGENERACION.
Por lo mismo, todos los com-
pañeros y simpatizadores de
este periodico, quedan invita-
dos para procurar que la fiesta
resulte productiva.

Invitad al baile a todos
vuestros amigos y conocidos,
que de ese modo ayudareis a
REGENERACION.

Por tener gran recargo
de trabajo nos es toda-
via imposible publicar la
seccion de administracion
esta semana.

NICANOR GARCIA, padre de nuestro
camarada Jesús G. Ramirez, de Agua
Nueva, Texas, murió en dicha poblacion
el 24 de Octubre pasado. Tanto a su
compañera, Isidora Ramirez, como a sus
hijos, enviamos nuestra manifestación
de aprecio y estima, por via de apoyo
moral en sus actuales momentos de
dolor.

Ayuda; ¡ingeniate en ayudar;
tu ayuda es necesaria, para que
la carga no nos quede injusta-
mente solo a uno pocos.

CUPON DE PROTESTA

A WOODROW WILSON,
Washington D. C.

PROTESTO contra la conspiración que se está fraguando en la
oficina del Inspector de Correos W. M. Cookson, de Los Ange-
les, Cal., bajo la dirección del Departamento de Correos, para
perseguir al periódico REGENERACION, de la ciudad de Los
Angeles, y a sus redactores.

Considero que esa conspiración constituye un ataque a la liber-
tad del pensamiento y de la prensa, y que es una vergüenza para
los Estados Unidos el atropello de un derecho garantizado por
la Constitución, para servir a un tirano extranjero.

Firma.....
Dirección y fecha.....

NOTAS:—Córtese el cupón en inglés, que es el que debe ser despachado,
lírense las líneas de puntos, y envíese bajo sobre a Woodrow Wilson,
Washington, D. C.

Si hay varias personas que deseen firmar, agréguese tantas hojas de pa-
pel como sean necesarias para contener las firmas.
Rogamos a los compañeros que hayan enviado su protesta a Washington,
nos den noticia de ello, siempre que les sea posible hacerlo.

To WOODROW WILSON
WASHINGTON, D. C.

I PROTEST against the conspiracy that is being conducted
in the office of Postal Inspector W. M. Cookson, at Los An-
geles, California, under the direction of the Post Office De-
partment, in order to persecute the journal REGENERA-
TION, of the city of Los Angeles, with its editorial staff.

I consider that such a conspiracy constitutes an attack to
the freedom of thought and to the freedom of press, and a
disgrace to the United States that in order to serve a foreign
tyrant she would stand the trampling of a right guaranteed
by her own Constitution.

Signature.....

Address and date.....

LEASE "REVINDICACION," un buen amigo de la Revolucion Mexicana.
Pidase a estas oficinas.